

Marlena Krupa
(Uniwersytet Wrocławski)

LA PSICOMAQUIA JUVENIL DE FEDERICO GARCÍA LORCA Y LA MÍSTICA

Fecha de recepción: 15.11.2016 **Fecha de aceptación:** 07.01.2017

Resumen: La juvenilia de Federico García Lorca abarca dos volúmenes –*Poesía inédita de juventud* y *Prosa inédita de juventud*– publicados por primera vez entre los años 1994-2004. En la mayoría, los textos que ambas publicaciones recogen tienen un carácter confesional. Lorca trata de expresar en ellos su inefable mundo interior donde se desarrolla un conflicto entre el espíritu y el cuerpo, las dudas y el deseo de creer, el bien y el mal, la caridad cristiana y la mezquindad del hombre y, finalmente, un conflicto entre el individuo y la sociedad. El artículo se centra en la crisis que Lorca vive a raíz de la visión dualista del ser humano, es decir, a raíz del antagonismo entre el cuerpo y el espíritu. Querremos ver cómo el joven poeta intenta superar esta oposición mediante la mística que es capaz de introducir al hombre en el mundo donde tal división no existe. Le inspiran en esta reflexión, entre otros, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Palabras clave: La juvenilia de Federico García Lorca, el espíritu y el cuerpo, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz

Title: The Psychomachy of Young Federico García Lorca and the Mysticism

Abstract: The oeuvre of young Federico García Lorca includes two volumes – *Poesía inédita de juventud* and *Prosa inédita de juventud* – published for the first time between 1994 and 2004. In the majority, the texts that both publications collect have a confessional character. Lorca tries to express in them his ineffable inner world where there is a conflict between the spirit and the body, doubts and the desire to believe, good and evil, Christian charity and meanness of man and, finally, a conflict between the individual and the society. The article focuses on the crisis that Lorca lives as a result of the dualistic vision of the human being, that is, as a result of the antagonism between the body and the spirit. We want to see how the young poet tries to overcome this opposition by the mysticism that is capable of introducing man to the world where such a division does not exist. In this reflection the poet is inspired by, among others, St. Teresa of Jesus and St. John of the Cross.

Key words: the oeuvre of young Federico García Lorca, the spirit and the body, St. Teresa of Jesus, St. John of the Cross

INTRODUCCIÓN

En 1994 por primera vez fue publicada la prosa juvenil de Federico García Lorca en un volumen titulado *Prosa inédita de juventud*, cuya edición corrió a cargo de Christopher Maurer. Según explica el editor, la publicación “incluye la casi totalidad de la prosa que Lorca escribió –aparte de los artículos recogidos más tarde en *Impresiones y paisajes*– durante los dos primeros años (1917-1918) de su aprendizaje literario” (1998: 50). El volumen lo abre una serie de veintidós textos que Maurer considera “la más importante de las *Primeras prosas*” (22), redactada en 1917 y llamada por el joven Lorca *Místicas (de la carne y el espíritu)*. Este título es interesante no solo como indicador temático que señala ciertas referencias intertextuales de dichas prosas, sino que también como un término que parece ser su nombre genérico. El mismo Maurer explica que son por lo menos tres elementos los que “justifican el uso de la palabra «mística» en el poeta granadino: 1) la presencia de temas religiosos y trascendentales; 2) el carácter supuestamente «visionario» de algunas páginas; 3) el elemento de la oración” (22-23). A estas tres características valdría la pena añadir también su tono íntimo y confesional. Las *Místicas* nos permiten, pues, conocer el mundo interior de Lorca adolescente en el momento en que descubre su vocación literaria, es decir, cuando emerge su mundo poético y se forja su poética. Desde sus primeras páginas podemos ver que no fue un período fácil para el joven Federico, más bien estuvo lleno de confusión y de reflexiones existenciales amargas, pero, a la vez, de interesantes descubrimientos y soluciones que vendrán a dar forma a unos versos que no dejan de fascinarnos y de llenarnos de asombro. El objetivo del presente estudio es ver qué papel desempeñaron en aquel momento de la vida de Lorca las lecturas de los místicos españoles que por entonces realizaba, particularmente de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús, cuyo reflejo vemos en el título mismo del conjunto: *Místicas*. Nos interesa ver a través de estos primeros escritos –que aunque provisionales iluminan su obra posterior (Maurer 1998: 15)– cómo el pensamiento de estas dos grandes mentes del carmelito reformado influyó no solo en él y su visión del mundo, sino también qué rastro dejó en su percepción del arte poético.

FEDERICO Y LOS MÍSTICOS: ENCUENTRO

Según el testimonio de Francisco García Lorca, el despertar literario de su hermano tuvo un “carácter místico-erótico”: “su inspiración –escribe en sus *Memorias* Francisco– reflejaba entonces algunas lecturas de filosofía india que cruzaban con otras de místicos españoles” (*apud* Martín 1986: 147-148). Aquí merece la pena mencionar que ambos hermanos se educaron en un ambiente muy religioso, lo cual subraya Ian Gibson en su excelente biografía de Federico: “La deuda hacia la madre incluía el fervor religioso de aquellos primeros años. Vicenta Lorca era católica practicante y Federico la acompañaba a menudo a misa, gozando de la liturgia así como de las procesiones y de las festividades eclesásticas locales” (2006: 32). Un poco más adelante Gibson añade: “Fascinado por los ritos

de la Iglesia, Federico se dio pronto a imitarlos a su manera. Uno de sus juegos favoritos era «decir misa», según gustaba recordar Carmen Ramos” (33). Ya como niño pudo, pues, conocer a los santos del Carmelo, sin embargo, no disponemos de ninguna prueba de que realmente fuera así. Con más seguridad podemos situar el primer contacto, más profundo y consciente, de Lorca con los escritos de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz en el año 1916, cuando participó en los primeros viajes de estudios organizados por el profesor Martín Domínguez Berrueta, titular de Teoría de la Literatura y de las Artes de la Universidad de Granada. En junio de 1916 viajaron, entre otros, a Baeza, lugar donde –recordemos– San Juan de la Cruz creó el primer colegio de los carmelitas descalzos en Andalucía. Para el tema que estamos tratando es significativo resaltar que Domínguez Berrueta estudió filosofía y letras en Salamanca, y escribió su tesis doctoral sobre San Juan de la Cruz, publicada en 1894 bajo el título de *El misticismo de San Juan de la Cruz en sus poesías: (ensayo de crítica literaria)*. Es muy probable que precisamente este maestro le animara a leer a los místicos. Ian Gibson señala además que a Berrueta le encantaban los monasterios (2006: 72), sobre todo los de clausura, por eso también durante el segundo viaje de estudios, en octubre del mismo año 1916, llevó a sus estudiantes –entre los cuales estuvo Federico– a Ávila y consiguió un permiso especial para que visitaran el convento de clausura de la Encarnación, es decir, el convento de Santa Teresa de Jesús (79). Después del siguiente viaje de estudios Lorca decidió prolongar su estancia en Burgos (la ciudad tan querida por Berrueta) en compañía de su maestro. Después de siete semanas pasadas en esta ciudad castellana volvió a Granada cambiado, “los «rinconcillistas» descubrieron, atónitos, que ya no era únicamente el músico del grupo. No solo trabajaba febrilmente en un libro sobre Castilla (que luego recibía el título definitivo de *Impresiones y paisajes*), sino que escribía poemas, ensayos de orientación metafísica titulados místicas [...]. Algo extraordinario estaba ocurriendo” (102-103). Bastantes años más tarde, en 1924, el mismo Lorca recuerda así esta ciudad en la carta dirigida a Melchor Fernández Almagro:

¿Te ha gustado Burgos? ¡Qué dulce recuerdo lleno de verdad y de lágrimas me sobrecoge cuando pienso en Burgos...! ¿Te choca? Yo estoy nutrido de Burgos, porque las grises torres de aire y plata de la catedral me enseñaron la puerta estrecha por donde yo había de pasar para conocerme y conocer mi alma. (*apud* Martín 1986: 150)

Eutimio Martín comenta esta confesión de la manera siguiente: “De Burgos salió efectivamente Lorca armado caballero andante de la pluma [...]. La dimensión religiosa de este certificado autógrafo de su propio nacimiento a la literatura nos parece de radical importancia porque, hasta el último de sus escritos, Federico García Lorca consideró el ejercicio de la escritura como la puerta estrecha de su personal salvación” (1986: 150).

El mismo Federico García Lorca fechó el principio de su carrera literaria al final de la *Mística en que se trata de Dios* donde escribió: “Noche de 15 de octubre 1917. 1 año que salí hacia el bien de literatura” (1998: 152). Resulta, pues, imposible negar que la vocación literaria de Lorca nace en un ambiente muy especial, impregnado de reflexiones metafísicas y acompañado de lecturas espirituales. En las *Místicas* –como mostrará el presente estudio– encontraremos muchas citas indirectas de los místicos carmelitas,

varios juegos intertextuales con sus textos, pero también menciones y elogios *expressis verbis*. Para dar fe de la importancia de ambos religiosos para Lorca en aquel tiempo, basta con citar como ejemplo dos fragmentos sacados de las *Místicas*. El primero es la invocación a Santa Teresa de Jesús y a otros autores significativos para el poeta: “Teresa ideal que te volviste loca de amor de Jesús. Francisco de Asís, suave enamorado de todas las cosas. [...] Prestadme fuego de vuestros corazones, dadme bríos para hablar. Dadme esencia de vuestras fontanas de caridad” (95). Otro fragmento es el ruego por la protección dirigido, entre otros, a San Juan de la Cruz:

Yo me arrodillo ante la grandeza de espíritu de los hombres geniales. Yo soy de oraciones en su honor. Yo los amo y les pido que tengan misericordia de mí. Beethoven que moriste de amar, ten misericordia de mí. Chopin que moriste de pasión, ¡ten misericordia de mí! [...] Juan de la Cruz que moriste de dulzura, ten misericordia de mí. (65)

Eutimio Martín, quien manejó los manuscritos de las *Místicas*, menciona además que en el dorso de la última página del manuscrito de la *Mística doliente* podemos leer la siguiente “Oración a Santa Terasa” de puño y letra de joven Federico: “Teresa dulce. Teresa fuerte. Teresa desconocida. Piensa en mis torturas de alma. Teresa divina. Teresa suprema. Teresa angelical. Piensa en mis torturas de alma” (1986: 249)¹.

En esta “Oración a Santa Teresa”, que acabamos de citar, Lorca habla abiertamente de sus “torturas del alma”. Estas “torturas” –como subraya Luis García Montero (1997: 73)– son “más propias de un filósofo en la frontera de su jubilación” que de un joven de diecinueve años, aunque nos topamos con muchas referencias: “La noche... un bosque, un rosal... y el hombre ¿qué es? La luna, el infinito, lo incomprensible... y el hombre, ¿qué es? La muerte, el mar, lo que pasó... y el hombre ¿qué es? Un gusano y un árbol, una roca... pero ¿y el hombre...?” (García Lorca 1998: 80). Christopher Maurer ve las *Místicas* como un reflejo

de una lucha interior, una psicomauia en que el alma se defiende contra varios enemigos: la “sociedad imbecil”, indiferente a los bienes espirituales y al sufrimiento del individuo; la Iglesia Católica [...] cuyos sacerdotes, ciegos al misterio, profanan el evangelio amoroso primitivo de Jesucristo; y las debilidades de la carne, sobre todo la sexualidad. (1998: 23)

Esta situación conflictiva del ser humano, en la que se ve metido Lorca, la podemos describir también desde una perspectiva un poco diferente. La tensión que vive y que describe en sus *Místicas* el joven poeta surge, básicamente, de las siguientes oposiciones: Dios-Cristo, alma-cuerpo y deseo-realidad; dualidades que tienen un denominador co-

¹ El mismo volumen *Prosa inédita de juventud* lo cierra un ensayo (“Santa Teresa”) y un poema (“Teresa de Jesús. Elogio”) dedicados a Santa Teresa de Jesús. El mencionado ensayo termina de la manera siguiente: “Teresa apuró el cáliz y la eternidad abrió sus mantos de consuelo y de luz. Escucha un elogio mío hecho con el amor grandioso que te profeso” (1998: 499).

mún, a saber, la antinomia entre el espíritu y la materia. Este conflicto tiene también su equivalente en el nivel estético donde Lorca choca con el problema de la infabilidad, es decir, de la incompatibilidad entre la vaguedad del significado y la determinación, los límites de la palabra. Veamos, pues, cómo Lorca trata de solucionar estos conflictos y cómo le acuden en ayuda las lecturas de los místicos carmelitas.

CRISIS: DIOS-CRISTO

Antes de entrar en el primer nivel de la reflexión de Lorca que hemos indicado, el metafísico, hay que tener presente lo que escribió sobre la admiración de este poeta granadino hacia Cristo –ya desde la perspectiva de toda su producción literaria, y no solo de los primeros escritos– Óscar Enrique Muñoz:

En Lorca no encontramos ninguna doctrina, cristiana o no cristiana, de la resurrección, o la reencarnación o de vida después de la vida, aunque es cierto que en algunos momentos estuvo próximo a la idea y batalló durante un tiempo con la duda. La admiración que profesaba por la figura de Cristo no le confirma absolutamente nada. [...] Su interpretación del Cristo es, [...], exclusivamente humana. (2013: 81-82)

Aunque en las *Místicas* este alejamiento de la divinidad de Jesús no es todavía tan visible –ya que por ejemplo en la “Oración. Jesús de Nazareth” (García Lorca 1998: 71) podemos leer la frase siguiente: “Aunque no fueras Dios serías Dios por tu grandeza”– lo que atrae a Federico en la figura de Cristo es sobre todo su perfecta humanidad en la cual encuentra algo de consuelo. El sentido de esta humanidad reside en un amor y una compasión infinitos que este “vaporoso y místico Nazareno” (85), “socialista divino” (71) –como lo llama Lorca–, profesa hacia los seres humanos. En la “Mística que trata de nuestra pequeñez y del misterio de la noche” leemos:

Llorad todos a aquel gran consolador de los hombres que fue crucificado, muerto y sepultado por dejar en la tierra una solución al problema tremendo de las almas. Llorad todos y adorad a aquel hebreo todo luz y caridad que dio su vida por redimir a los hombres no del castigo eterno sino del porqué de la existencia humana... [...] Creed en Jesús, que con él vais al bienestar del espíritu. (82)

Lorca declara abiertamente su amor a Cristo diciendo: “yo te amo con frenesí” (82), y parece que sus guías en esta veneración del Hijo de Dios eran los místicos. Lorca desea amar como amó Teresa. En la “Mística en que se trata de Dios” (144) deja constancia de este anhelo y escribe: “Lléname de Amor como llenaste a Teresa”, aquella mujer que “se volvió loca de amor a Jesús” (94). Y cuando pronuncia uno de sus elogios dirigidos a Jesús hace referencia a uno de los poemas místicos de San Juan de la Cruz y lo nombra “una llama viva de amor hacia la humanidad entera” (82). A esta imagen de Cristo Lorca contrapone la de Dios creada en el seno de la Iglesia Católica, iglesia de la que no

tiene una opinión benévola, la misma Iglesia con cuya rigidez tuvieron que luchar en su tiempo los reformadores del carmelito:

Muchas gentes se figuran a Dios vestido de gasas y paseando muy serio con las vírgenes y los santos y a los ángeles con las trompetas danzando como bobos... Esta idea está muy arraigada y es la base de la iglesia católica. Un Dios de carne y hueso con cólera y con venganzas... ¿Qué es un templo...? ¿A qué las imágenes? ¿No es todo espíritu...? Luego hablan de humanidad los que tostaron herejes y de castidad los que violaron doncellas... ¿Y en ese ambiente se puede ser católico apostólico, romano...? Sombras, angustias, al despertar preguntas... imbecilidad... caos. (99)

Este Dios “institucional”, cruel y vengativo en el que se cree “no por amor sino por miedo” (87), “eterno inflexible, director del espantoso complicado [...], eterno mudo y ciego [...], negación de sentidos espirituales” (102), queda por Lorca rechazado y sustituido por un dios espiritual, este que se entregó a Santa Teresa en un acto amoroso y la hizo “enloquecer del amor”. Ese es, pues, el único Dios verdadero; el otro fue creado por el hombre. “Tú pariste de tu seno una parte de ti mismo –escribió Lorca en la “Mística en que se trata de Dios”–, pero ese pedazo de tu alma te olvida y crea otro Dios que no eres tú” (146).

CRISIS: CUERPO-ALMA

Federico desearía seguir los pasos del amor místico experimentado por la santa de Ávila y expresa esta ansia literalmente: “¿Por qué, sintiéndote en mi pecho, no me rendiré y marchitaré como Teresa?” (148). Para poder vivir esta experiencia y sentirse absolutamente libre anhela convertirse en un ser espiritual y grita: “¡Quien fuera todo espíritu para no tener ojos y ver, y gozar sin materia!” (81). A la temática relacionada con la constitución espiritual y carnal del ser humano y a la conflictividad que esta origina Lorca dedicó la mayor parte de sus *Místicas*. Como observa Maurer, el conflicto entre la carne y el espíritu, señalado ya en el mismo título de la serie, el poeta granadino lo sintió “con especial intensidad en los años de su adolescencia [...] ante el despertar de su sexualidad” (1998: 22). Ya casi al mismo principio de estas prosas podemos leer la siguiente confesión:

Hay en mí algo que sube muy alto y algo que desciende hacia la tierra. Hay en mí dos luchas horribles que sólo acabarán cuando mis pensamientos sean tierra y mi alma luz... [...] ¿Es que no puedo salir de este juego espantoso? ¿Es que por fuerza tengo que ser carne? ¿Es que mi edad vence a mi espíritu? ¿Es que inexorablemente lo primero es el sexo? (69)

Las primeras páginas de las *Místicas* demuestran que el cuerpo es para Lorca una fuente de impulsos pecaminosos y “el hombre es un pedazo de carne en que vive un genio llamado lujuria y un consuelo llamado alma” (67). En su visión bastante amarga de la vida, donde “la mayor parte de los hombres tienen solamente el cuerpo, que al morir

es tierra o agua o flores, pero no tienen alma” (85-86), el alma está formada por un amor puro y magnífico (86). Lorca desea potenciar en sí esta parte espiritual, con la intención de llegar a parecerse a aquellos a quienes llama “sublimes”, entre los cuales situaba seguramente a Santa Teresa y a San Juan; los mismos a que “tienen un cuerpo y además tienen un alma tan inmensa como el sol” (85). En varios pasajes de las *Místicas* les profesa su admiración, y aunque los considera “malaventurados” –porque al poseer el cuerpo en el que anidan “los vicios, las tremendas pasiones, la locura del vivir” (85) nunca alcanzarán la felicidad–, ve en ellos a “los extrahumanos que alcanzarán quizá la única verdad” (84). Siguiendo su ejemplo, Federico quiere perseguir en su interior “una luz lejana y celeste” (123), “esa luz que es lo que constituye una vida, esa luz que da a los hombres bríos y amor, esa luz que es luz de corazón eterno” (124). La misma luz de la cual San Juan de la Cruz cantaba: “En la noche dichosa / en secreto, que nadie me veía, / ni yo miraba cosa, / sin otra luz y guía / sino la que en el corazón ardía” (2000: 54).

El joven Lorca pronto llega a la conclusión de que el camino para la realización de este objetivo permite aplacar las pasiones: “Yo soy hombre y tengo pasiones y tengo deseos y tengo amores, pero, dominando eso, siento en mi frente un ardor que sube alto, muy alto hasta perderse más allá de las estrellas” (1998: 82). En otro lugar añade: “Para llegar a esas regiones de donde no se vuelve nunca hay que pasar por un aprendizaje de dolores grandiosos, hay que amar la vida como dolor únicamente y despreciarla como placer” (124). ¿De dónde le viene tal solución? La respuesta a esta pregunta la suple la “Mística de nuestro mundo interior”:

Todas las delicias de los estados superiores después de la muerte las podemos poseer mediante una gran preparación espiritual. Las penas y las tristezas de la carne, que son nuestras realidades dolorosas, las podemos amortiguar por medio de la contemplación al infinito, hecha con una profunda unción. [...] A nosotros, los míseros, los pecadores de verdad, los no hechos para el favor de la luz divina, no causan terror las hazañas místicas de los antiguos soñadores por los campos de la verdad. (138-139)

Los místicos mencionados en esta cita no solo le orientaron hacia el convencimiento sobre la necesidad de cierta ascesis en la vida, sino que le permitieron también solucionar finalmente la situación conflictiva entre el cuerpo y el alma. Maurer observó –y estamos plenamente de acuerdo con su constatación– que en el joven Lorca vemos “la división de la realidad en dos dominios antagónicos que sólo pueden reconciliarse mediante el misticismo” (1998: 22). Al principio de la misma *Mística* leemos: “no somos alma y cuerpo sino una visión imposible de misterio. El alma es comprensible cuando se perciben brotar los sentimientos, las pasiones, las dudas, los amores...” (137). Y en la última *mística* del conjunto, con una certidumbre todavía mayor, se opone al dualismo alma-cuerpo defendiendo con gran ahínco su estrecha unidad: “Porque vuestro gran pecado ha sido desligar la carne del espíritu, no comprendiendo en vuestra miserable pequeñez que la carne es el espíritu y el espíritu la carne” (García Lorca 1998: 162). Federico, como gran aficionado a Santa Teresa de Jesús, seguramente leyó su *Libro de la vida*, donde la santa confiesa que al principio de su camino espiritual se veía obligada a alejarse de su corporeidad, pero después lo reconoce como un error:

en comenzando a tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea [...]. Y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la Humanidad, sino que, en hecho de verdad, me parecía me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma y bien mío, Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me da pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. (2006: 285)

En otros pasajes del mismo capítulo Teresa retoma esta cuestión y vuelve a subrayar:

Esto de apartarse de lo corpóreo bueno debe ser, cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas, a mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto está claro se ha de buscar el Criador por las criaturas. (287)

nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpos; querernos hacer ángeles estando en la tierra –y tan en la tierra como yo estaba– es desatino, [...], y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía. (289)

La santa de Ávila resalta que los místicos también viven en la carne como lo hizo el mismo Cristo. El problema no es el cuerpo, sino la manera de experimentar la corporeidad. Parece que Lorca a lo largo de sus reflexiones se dio cuenta de esto y expresó –ya no en las *Místicas* sino en *Ensayos*, otra serie de prosas escritas en 1916– su conclusión al respecto de esta manera:

Dice San Juan de la Cruz en su dulce canción espiritual que su alma abandonó a su cuerpo en busca del Amado y que, al preguntar las cosas por él, éstas le respondían engalanadas por su presencia... y dice que recostaba su cabeza sobre sus senos de azucenas... y dice que besaba su esencia infinita... A este canto inefable me acojo y sueño en su realidad. Su serenidad, su blancura y su apasionamiento me llenan de luz consoladora y sabia y de tranquila unión espiritual... Pero aquel hombre rarísimo logró sufrir tan sólo por su inmenso amor celestial y yo, aun comprendiendo lo inútil de lo que nos rodea, sufro por sus [palabra ilegible]. No logro separarme del cuerpo por muchas mortificaciones que me cause... Para desatar los lazos que nos unen a los demás hay que encarnar nuestro amor aquí en la tierra [...]. Los hombres no podemos amar a Dios sin haber antes amado aquí en la tierra con amor gigante. Casi todos los enamorados de la esencia suprema lo estuvieron antes de una mujer imposible. La mujer lejana que constituye nuestra vida hace que nos inflamemos de amor celestial... y es que en la divina modulación de nuestras almas apasionadas vamos destruyendo toda idea de carne y llega el momento en que la mujer se convierte en Dios. (293-294)

Parece que los místicos le enseñaron a Lorca a respetar el cuerpo y a aceptar los impulsos de la pasión. Al oírles hablar del éxtasis de amor divino percibido en sus carnes –Santa Teresa de Ávila dijo abiertamente: “es tan grande la gloria y el descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite, participa de él el cuerpo” (2006: 244)– se autoafirma en su convicción sobre la unidad de cuerpo y alma. Si la carne es, pues, el es-

píritu y el espíritu la carne, el amor terrenal puede llevar al amor divino y al revés. Para poder reconciliar ambas realidades, la corporal y la espiritual, hay que hacer un ejercicio de abstracción y tratar de ver la idea en una realidad muy concreta, lo universal en lo individual. De esta manera, Lorca, en cierto grado, consigue apartar el conflicto ontológico, por lo menos en aquel momento.

CRISIS: REALIDAD-DESEO E IDEA-PALABRA

Al abstraer este sentimiento amoroso se llega al momento cuando resulta difícil, incluso imposible, definirlo. Escribe Lorca: “¡Qué absurdo! Definir el amor [...]. El amor es un sentimiento sin definición” (1998: 192). Es igual de insondable que el deseo y ambos son en realidad insaciables. Federico explica: “Y lo trágico y espeluznante del corazón humano y lo incomprensible y aterrador de los deseos de los hombres es que si consiguen sus sueños ansiados no encuentran en su posesión más dicha que cuando piensan, sin conseguirlo, en que lo han conseguido” (108). El deseo está buscando constantemente un objeto para sí. Lorca pregunta por qué y aunque no nos da una respuesta directa, sus reflexiones la suplen. Si el deseo está encadenado con el amor, que, como hemos dicho, rehúye las definiciones, es el elemento del que está compuesta el alma: “el amor puro y magnífico es el que forma las almas” (86) y viene directamente de Dios. Como escribe nuestro poeta, “hiciste una parte de tu alma carne” (146), lo cual, en estrecha relación con todo lo anterior, quiere decir que es insaciable porque su objeto, en última instancia, es Dios, entendido como un ser indefinido e infinito. Por eso las *Místicas* son un grito constante por la epifanía de Dios. Lorca, como el alma del *Cántico espiritual*, está buscando el amor absoluto, y al recordar la situación lírica del mencionado poema místico dice: “No te ocultes en la noche, porque allí te descubrirá mi alma y morirá de placer doloroso” (127). En la oración que abre la “Mística en que se trata de Dios” suplica:

Antes que hablar de ti me entremezco, Dios mío. Me entremezco de tu misterio. Me entremezco de tu imposible. [...] Ayúdame a pasar los senderos espinosos que van hacia ti. Límpiame de pecados espantosos, de vanidad y desaprensión. Tú que me hiciste, inúndame con tu grandeza a contemplarte. No me dejes pensar contra el bien. Derrama sobre mí el óleo santo que derramaste sobre Jesús. Lléname de Amor como llenaste a Teresa. (144)

Lorca desea una epifanía amorosa, aunque duda si sería capaz de aguantar tanta fruición y de nuevo recordando a San Juan de la Cruz y su verso “el rostro recliné sobre el Amado” (2000: 55), confiesa: “No sé si mi alma resistiría el goce supremo de inclinar la cabeza sobre los senos del amor escondido. [...] Goce sublime el reclinarme sobre ellos y al son de ningún son, ser todo y ser nada... como el filósofo de la oscuridad” (1998: 129-130).

La imposibilidad de realizar el deseo y de sumergirse de lleno en un amor cumplido, unida a la incomprensión de ambos fenómenos, produce el sentimiento de melancolía que trasluce cada línea de las *Místicas* y que Lorca describe de manera siguiente:

La melancolía llena de luz excelsa las almas y las hace meditar en lo infinito. La melancolía es dolor y consuelo. Dolor porque el hombre se contempla a sí mismo. Consuelo porque se eleva en alturas de pensamiento y de la elevación nace el desprecio que es el bálsamo de nieve para el corazón. La melancolía [...] ¡Melancolía extrahumana! [...] Melancolía es desesperación. (74)

Esta melancolía, que despierta, como explica el poeta, “cuando el sol se funde con el monte” (72) –por eso en las *Místicas* predomina el paisaje nocturno que por otra parte es una alusión clara a la noche sanjuanina– y que está relacionada con el deseo y el amor insaciables e incomprensibles, es el seno del que nace la inspiración: “La inspiración siempre está en el enamorado verdadero que recuerda dolores y que mira al porvenir como un enigma indescifrable” (107). Por eso también muchas veces Lorca llama poeta a Jesucristo y le invoca: “Poeta de mi corazón” (71), “¡Jesús, Jesús nazareno que llenaste el mundo de poesía!” (89). Federico pone signo de equivalencia entre amor y poesía, pero al mismo tiempo los fusiona con el dolor:

En el que posee su gran ideal no anida nunca la inspiración... porque ésta, para ser, necesita necesariamente del dolor, y aunque por rara excepción la poseyeran los dichosos, no la emplearían, porque nunca la alegría produjo una obra genial. La base de lo genial es el dolor profundo de una cosa que se cree irrealizable. (109)

Al joven Lorca lo llena el dolor causado por la ausencia, el deseo y el amor inalcanzable: “Malaventurado yo, que tengo un amor irrealizable que es muerte en mis noches sin fin. Malaventurado yo, que caminaré hacia el fin lleno de temores y de asechanza de la carne. [...] Malaventurado de malaventurados, que en mis noches sin fin sueño con un amor que es mi misma carne y que nunca conseguiré alcanzar” (90). Este corazón dolorido lo abate todavía más la sombra de la muerte cuyo presentimiento, según Federico, se extiende por todas partes (101). Esta esencia oscura del hombre compuesta de sus inquietudes, temores, deseos y amores inalcanzables, unida al omnipresente soplo de la muerte se convertirá en el futuro en el sentimiento que Lorca llamará pena, mientras que la inspiración que de ella emerge quedará bautizada con el nombre de “el duende”. En la famosa conferencia “Teoría y juego del duende”, pronunciada por primera vez el 20 de octubre de 1933 en la Sociedad de Amigos del Arte de Buenos Aires, Lorca explica:

Manuel Torres, el hombre de mayor cultura en la sangre que he conocido, dijo, escuchando al propio Falla su Nocturno del Generalife, esta espléndida frase: “Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende”. Y no hay verdad más grande. Estos sonidos negros son el misterio, las raíces que se clavan en el limo que todos conocemos, que todos ignoramos, pero de donde nos llega lo que es sustancial en el arte. Sonidos negros dijo el hombre popular de España y coincidió con Goethe, que hace la definición del duende al hablar de Paganini, diciendo: “Poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica”. Así, pues, el duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar. (1984: 90)

La virtud mágica del poema consiste en estar siempre enduendado para bautizar con agua oscura a todos los que lo miran, porque con duende es más fácil amar, comprender, y es seguro ser amado, ser comprendido, y esta lucha por la expresión y por la comunicación de la expresión adquiere a veces, en poesía, caracteres mortales. Recordad el caso de la flamenquísima y enduendada Santa Teresa. (104)

El duende que llena de sangre, por vez primera en la escultura, las mejillas de los santos del maestro Mateo de Compostela, es el mismo que hace gemir a San Juan de la Cruz o quema ninfas desnudas por los sonetos religiosos de Lope. [...] La musa de Góngora y el ángel de Garcilaso han de soltar la guirnalda de laurel cuando pasa el duende de San Juan de la Cruz, cuando *el ciervo vulnerado por el otero asoma*. (108)

Como acabamos de ver, para Lorca entre los mayores maestros del arte en el que imperaba el duende se encontraban San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, enamorados sin fin que vivían al borde de la muerte mística y en búsqueda permanente del amor irrealizable en la realidad terrenal. Óscar Enrique Muñoz enumera seis rasgos de esta poética lorquiana que dejan ver con claridad que, a su modo de ver, la poesía tiene sus raíces en las experiencias juveniles del poeta grandino de las que estamos hablando:

El duende, por su parte, se caracteriza por: 1. La lucha del artista con el proceso creativo. En esto consiste su ensimismamiento. 2. El proceso es interno, surge de la profundidad vital del artista. [...] 3. Se expresa la sabiduría de una vieja cultura, es una sabiduría de la tierra y de la sangre, de las voces de lo más primitivo y lo más ancestral. 4. Se trata de una poética en la que el amor, en su sentido más general y abarcador, es fundamental. [...] El intelecto es secundario. 5. Las artes del duende son artes de la presencia, [...]. La presencia con la que lucha el duende es la de la encarnación humana de las fuerzas creativas. Su nostalgia es siempre de un aquí y ahora, de un presente eterno. 6. Sus objetos suelen ser oscuros, por más que sus perfiles sean definidos. Es una poética del límite y de lo liminal, una poética en la que se dan mínimos representacionales y máximos de voluntad en el sentido schopenhaueriano. (2013: 48-49)

A toda esta lista de las características Lorca añadiría seguramente la siguiente frase que resuena tan fuerte cuando se lee su famosa conferencia: “el duende no llega si no ve posibilidad de la muerte” (García Lorca 1984: 104).

Muñoz colocó en primer punto en su caracterización de la poesía del duende “la lucha con el proceso creativo”. La inspiración oscura que se manifiesta en la necesidad de la expresión choca, pues, con la inefabilidad por haber surgido de las experiencias indescifrables e irrealizables. La experiencia de la “cortedad del decir” es el siguiente punto de contacto entre el joven poeta y los místicos carmelitas. Basta recordar aquí un fragmento del “Prólogo” de San Juan de la Cruz al *Cántico espiritual*: “Porque ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde él mora, hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Cierto, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden” (2000: 692).

San Juan de la Cruz, para dar constancia de su lucha contra la inefabilidad de la experiencia mística, a ratos trataba de recrear en sus textos la sensación del balbuceo, tal como lo hizo en su famoso verso “un no sé qué que quedan balbuciendo”. Lorca también lo hace multiplicando frases entrecortadas y empleando todo tipo de repeticiones y paralelismos. Además, en estos “primeros balbuceos” (Maurer 1998: 15) –como llamó la juvenilia de Federico su hermano Francisco– el joven poeta a menudo menciona la famosa expresión de San Juan de la Cruz “el no sé qué”: “Todos tienen pasiones, pensamientos, voluntad... pero no todos tienen eso que no se sabe pero que existe en algunos para su desdicha y dolor...” (García Lorca 1998: 86). En otro lugar constata: “por inmensa que sea la sacudida exterior, continuaré con ese algo que expresarse no puede”.

CONCLUSIÓN

Como hemos planteado al principio de este estudio, a lo largo de sus *Místicas* el Federico García Lorca adolescente escudriña soluciones frente a cuatro situaciones conflictivas que se le interponen: metafísica, Dios-Cristo; ontológica, cuerpo-alma; filosófica, realidad-deseo; estética, letra-significado. Si analizamos detenidamente las soluciones que llegó a encontrar, llegamos a la conclusión de que en realidad siempre estamos ante la misma propuesta, que es la única posible: el amor. Lorca elige a Cristo, “gigante del amor” (García Lorca 1998: 71); escoge al alma formada del amor que santifica el cuerpo; se pronuncia a favor del deseo que es rastro de un amor inalcanzable y del duende que surge del amor oscuro. El mismo Lorca declara la importancia suprema del amor en la vida del ser humano en la *Mística de amor infinito y de abandono dulce*: “«Amaos los unos a los otros», dijo el que vio al mundo en su inmenso corazón. «Amaos mucho, porque esta es la única manera de vivir la vida... amor, mucho amor... tanto que la compasión y la caridad no existan por no haber quién las necesite...»” (93-94). En las *Místicas* vemos a Lorca embobado en las lecturas de los místicos del carmelito que han elevado su sentimiento del amor a la perfección. Le vemos atraído por su proceso creativo basado en los recuerdos de una extática y oscura experiencia de la unión mística entre el alma y Dios.

Las soluciones encontradas por el joven Federico no eran fáciles y no siempre le funcionaban. Eran, pues, muy exigentes y parecían una meta puesta más bien para un santo que para un adolescente. Todo esto tiene su reflejo en la composición de las *Místicas* cuyo hilo de razonamiento no es nada lineal y a veces resulta bastante difícil de seguir. Parece que logramos vislumbrar la salida de un problema, y entonces vamos tras Lorca construyendo un bosquejo de solución, la meditamos y después de haberla planteado, de repente, volvemos de nuevo al planteamiento inicial.

Estas reflexiones y soluciones del joven poeta, en cada uno de los niveles estudiados, van a evolucionar en el futuro. Lorca va a volver a ellos continuamente y regresará también a los místicos en, por ejemplo, *Sonetos de amor oscuro*, aunque ya desde una perspectiva diferente y con otro bagaje de experiencias. Lo que hemos podido ver en estas páginas es que al mismo principio de su camino literario están presentes tanto Santa Te-

resa de Jesús como San Juan de la Cruz, y que su impronta en el pensamiento del joven hombre y poeta es importante y visible.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Ángel (2011) *La metáfora y el mito. Intuiciones de la religiosidad primitiva en la obra de Lorca*. Sevilla, El Clavo Ardiendo – Editorial Renacimiento.
- GARCÍA LORCA, Federico (1984) “Juego y teoría del duende”. En: *Conferencias*. Christopher Maurer (ed.). Madrid, Alianza Editorial: 89-109.
- (1998) “Místicas (de la carne y el espíritu)”. En: *Prosa inédita de juventud*. Christopher Maurer (ed.). Madrid, Cátedra: 59-165.
- GIBSON, Ian (2006) *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca (1898-1936)*. Barcelona, DEBOLSILLO.
- MARTÍN, Eutimio (1986) *Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la obra juvenil inédita*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- (2013) *El 5º evangelio: la proyección de Cristo en Federico García Lorca*. Tres Cantos, Aguilar.
- MAURER, Christopher (1998) “Introducción”. En: Federico García Lorca, *Prosa inédita de juventud*. Madrid, Cátedra: 11-55.
- MUÑOZ, Óscar Enrique (2013) *La queja enamorada. Sobre el juego del duende de Federico García Lorca*. Madrid, Mandala Ediciones.
- CRUZ, San Juan de la (2000) *Obras completas*. Ed. E. Pacho. Burgos, Editorial Monte Carmelo.
- JESÚS, Santa Teresa de (2006) *Libro de la vida*. Madrid, Cátedra.
- SORIA OLMEDO, Andrés, ed. (1997) *La mirada joven. Estudios sobre literatura juvenil de Federico García Lorca*. Granada, Cátedra Federico García Lorca, Universidad de Granada.